

Arturo Duperier

Ángel Martín Municio

Arbor CLXXIX, 706 (Octubre 2004), 567-577 pp.

En cualquier proceso histórico se dan franjas temporales o sectores particulares más propensos al olvido, inconsciente o deliberado, de tal manera que aparecen sumergidos, sin brillo y sin prestancia, en las simas de la injusticia social correspondiente. Tal ocurre con los lustros, cuatro o seis ¡igual da!, siguientes a nuestra Guerra Civil, que, aun cuando ofrezcan un telón y unos trasfondos oscuros, no por ello dejaron de existir en el escenario científico de España actores que continúan siendo acreedores de reconocimiento social.

En varias ocasiones he proclamado la falta de este reconocimiento hacia las gentes de la ciencia de aquellos años, e, indudablemente, es este un magnífico momento para repetirlo en su globalidad y en el ejemplo de Arturo Duperier. Ejemplo que nos ofrece, ciertamente, esos telones oscuros de la época, pero que sirven también para que sobre ellos quizá se dibuje mejor la gran figura física y espiritual de nuestro recordado maestro. Ejemplo de quien supo lo que es gozar de las mieles del trabajo organizado, la consideración social y el éxito científico en el extranjero. Ejemplo de quien, al cabo de quince años, en un retorno en el vacío, con menos salud, pero, con mucha fe, y repleto aún de entusiasmo y amor a España, deseoso de incorporarse a su reconstrucción científica, lo cambia todo ello por la inseguridad de sus posibilidades profesionales e investigadoras, por la escasez de sus asignaciones económicas, pero, también, por media docena de amigos fieles, de la boca de algunos de los cuales he podido conocer algún detalle adicional ¡qué ya es decir! a los que figuran en la documentada biografía de Bru y González de Posada.

En esta sesión de clausura del simposio internacional, en el que han sido resaltados los hechos científicos más importantes de la obra de Arturo Duperier, me queda a mí –que no tuve la oportunidad de conocerlo–

glosar algunos de sus rasgos humanos, recordar algunos textos de los que ese puñado de amigos escribió acerca de él, y, sobre todo, como representante de la Real Academia de Ciencias, poner en estas palabras el sentido de una imaginaria realidad, a modo de contestación a un discurso nunca concluido del profesor Duperier en su posesión de miembro numerario de la Institución. Estoy absolutamente convencido de que él, en este discurso, se sentiría vinculado y agradecido a todos aquellos que le sirvieron de ejemplo con sus personas y sus obras. Y a mi me gustaría, en este rato, entablar un diálogo entre saberes distintos, entre diferentes generaciones, entre vivos y muertos. Un diálogo que no sólo nos transmita la memoria del pasado, sino que desde ella nos pueda servir para organizar el porvenir.

Tuvo Arturo Duperier en su niñez y adolescencia un entorno familiar admirable, colmatado de honestidad castellana, con la suficiente y sin exceso holgura económica, y con el ambiente de cultura, educación y trabajo que podía respirarse en el entorno de una vivienda lindante con la escuela y la rebotica, que regentaban su madre y su padre respectivamente. Tampoco tuvo que ser ajeno a la formación del joven Duperier sus estudios de bachillerato en los Institutos de Segunda Enseñanza de Avila y del Cardenal Cisneros en Madrid. Institutos, y su magnífico cuerpo docente, excelentes durante muchas décadas, a los que tantos debemos las semillas de nuestra formación posterior.

Simultaneó después las licenciaturas en Ciencias Químicas y en Ciencias Físicas, en la Universidad Central, que culminó en 1919. Y no era fácil en la Universidad de la época que un joven estudiante se topase con tres figuras al estilo de Cabrera, Palacios y Martínez Risco, que iniciaban la apertura europea de la física; especializándose Cabrera con Weiss, en Zurich, sobre magnetismo; Palacios en Holanda con Kamerlingh Onnes sobre bajas temperaturas; y Risco, también en Holanda, con Zeeman sobre óptica.

De esta forma, el bilicenciado Duperier habría de enfrentarse, en 1919, con sus proyectos profesionales ulteriores. Y su visión certera le encaminó, como a los mejores, hacia don Blas Cabrera, director del Laboratorio de Investigaciones Físicas, creado hacía una década por la Junta para Ampliación de Estudios. En el Laboratorio de Investigaciones Físicas realizó su Tesis Doctoral sobre «Estudio termomagnético del agua», incorporado al equipo de Cabrera que trabajaba sobre «Magnetismo», uno de los temas centrales de su escuela, y que fue leída en junio de 1924. Y con Cabrera aparece Duperier, en la década de los 20, firmando una se-

rie de trabajos «Acerca de las propiedades magnéticas de las tierras raras» que se publicaron, sobre todo, en los Anales de la Sociedad Española de Física y Química, fundada en 1903 bajo la presidencia de don José Echegaray, y de la que Cabrera fue socio fundador. El primero de los trabajos en el que Duperier aparece como único firmante, titulado «Nuevo estudio sobre las propiedades magnéticas de las tierras raras», en los Anales de Física y Química, en 1929, comienza: «En un trabajo recientemente publicado, realizado en colaboración con el profesor Cabrera, bajo cuya dirección vengo dedicado a estos estudios, hicimos ver». En uno de los ejemplares de esta primera publicación, que se conserva en el archivo Cabrera de Lanzarote, se puede leer la dedicatoria «A mi queridísimo maestro, D.Blas Cabrera, filialmente. A Duperier».

Y es que Duperier, como inmediato colaborador y amigo de Cabrera, contribuyó a forzar ese punto de inflexión en la historia de la ciencia española, en su segunda aproximación a la ciencia europea. Y juntos tienen también que aparecer en nuestro reconocimiento y recuerdo. Se dice muchas veces que la verdad es hija del tiempo, y hasta Cervantes asegura que los tiempos mudan las cosas. Pero, ni las cosas, ni mucho menos las verdades, pueden mudar con el tiempo. Lo que sí ocurre es que la distancia hace menos imperfecta y más global la contemplación de los objetos; desde las nuevas coordenadas se aprecia mejor lo que de permanente y de continuo hay en la naturaleza de los hombres. Continuidad que une el saber de las generaciones pasadas con el de las presentes. Y esa es la función perfeccionadora del tiempo al conservar pertinazmente los recuerdos. Yo, que, por razón de ese tiempo, no pude conocer a don Blas Cabrera, y por razón del espacio-tiempo tampoco pude hacerlo a Arturo Duperier, he tenido que acudir a estrujar las fuentes originales y críticas de la historia para poder concluir, tan objetiva como inequívocamente, que ambos estuvieron en la punta de lanza de ese segundo intento de aproximación de nuestra ciencia a la ciencia europea en el ecuador de la primera mitad de nuestro siglo. Yo que, a medio siglo de distancia, ocupó la presidencia de la misma Academia de Ciencias en la que Cabrera ingresó en 1910 y años después presidió, y a la que Duperier fue elegido al final de su vida, quiero, en este acto, rendirles a ambos un recuerdo afectivo que se fusione con el sentimiento añorante de sus últimos años.» ¡Qué no falte la gratitud con que las nuevas generaciones aceptamos aquel ofrecimiento de Cabrera, el 4 de marzo de 1923, ante S.M. el Rey D. Alfonso XIII: *Espero que al final de vuestra vida, que será también el de mi generación, la España científica que hoy apenas encontráis en embrión, haya llegado al lugar que tiene el inexcusable deber de ocupar!».*

Para valorar el mérito de esta aproximación hay que subrayar el enorme contraste entre la brillante situación de la física europea en la transición hacia el siglo XX y la pobre presencia española en todos sus campos. Ello dará la justa medida del gran esfuerzo de Blas Cabrera y de sus colaboradores para iniciar la incorporación de España a la creación científica de la física. A este contraste y a las pobres condiciones de la investigación física española se referiría Cabrera en muchas ocasiones. En una de ellas, con motivo de su ingreso en la Academia Española, en enero de 1936, puntualizaba: «Es necesario llegar a los primeros años del siglo actual para que se reemprendiera el camino iniciado por los coetáneos de Carlos III, precisamente gracias a la obra que comenzaron los hombres beneméritos que presidió Cajal. Pertenezco yo —continuaba Cabrera— a la última generación que se encontró huérfana de una tradición que le orientara por camino real en los años más difíciles para las grandes resoluciones que pueden guiar toda una vida y por ello mismo expuesta a la pérdida de las ventajas que por compensación se ofrecen a la actividad por la fresca imaginativa que sugiere métodos ricos en frutos para la propia labor. Por mi suerte, tuve en cambio las ventajas derivadas de la acción directa de Ramón y Cajal».

Nada fácil, a todas luces, liderar este reemprender el camino. Cabrera tuvo que iniciar esta incorporación desde los más variados ángulos; y pudo hacerlo porque contó con colaboradores como Duperier, su primer ayudante. A ellos se dirigió Cabrera en la sesión inaugural del curso 1921-22 en la Academia de Ciencias: «Gran número de los hombres que consumen su existencia en el laboratorio o gabinete de trabajo, haciendo avanzar lentamente las fronteras de nuestro conocimiento, son soldados de filas que contribuyen con su esfuerzo a la victoria de la Ciencia contra la Naturaleza, en la batalla librada para arrancarle sus secretos. Sea cual fuere la extensión del campo cubierta por la labor de cada uno, su esfuerzo es necesario para el buen éxito; y ciertamente será tanto más entusiasta, cuanto más clara noción tenga del valor de su contribución y más favorable el ambiente que le rodea. En España quizá sea hoy lo más urgente, crear este ambiente para dar mayor impulso al adelantamiento de la ciencia nacional, ya iniciado. Hacer obra útil para conquistar el respeto y la consideración del mundo sabio en medio de una sociedad absolutamente indiferente, sin recibir el calor que da la crítica favorable o adversa de quienes nos rodean, es cosa que sólo pueden realizar mentalidades fuera de la medida común...».

En pocos años, Duperier se independenciaría de los temas científicos de la escuela de Cabrera con los trabajos sobre Meteorología, y, en el or-

den profesional, desde 1920, era Auxiliar de Meteorología; y, en 1933, lograría la cátedra de Geofísica de la Universidad Central. Sobre sus calidades docentes ha escrito el profesor Morán: «No menos que investigador era Duperier maestro de la Física, por felicísimas dotes naturales y por apasionada vocación. Ya de estudiante aleccionaba gratuitamente a sus discípulos, y así, a la vez que él, ingresaron en el Servicio Meteorológico varios compañeros suyos, a quienes él había preparado gratis para las oposiciones. Es incalculable lo que debemos a Duperier los que tuvimos la suerte de poder acudir a él en nuestras dudas de principiantes, pues él prodigaba sus enseñanzas y consejos con ilimitada generosidad. Adivinaba con admirable instinto los puntos oscuros que eran causa de nuestra confusión, y los dejaba inmediatamente aclarados. Pero aún más importante para nuestra formación que lo que Arturo nos enseñaba concretamente, era lo que nos sugería e inspiraba. La Física, explicada por él, resultaba asombrosamente fácil, y sobre todo maravillosamente hermosa. Aquel dominio consumado de todas sus partes y aquel entusiasta amor a ella que se traslucía en sus palabras, tenía la virtud de fertilizar la mente y de elevar el espíritu. Acaso sea siempre de esta naturaleza el influjo de los grandes hombres».

Y, después de un viaje de estudios por Alemania en el verano de 1934, comenzaría en España sus investigaciones sobre la radiación cósmica. Los primeros resultados obtenidos por Duperier fueron publicados por el Observatorio Meteorológico en 1937. Este ha sido el tema central de esta reunión y huelga cualquier comentario técnico por mi parte. Sí debo insistir en como, en 1939, el conocimiento preciso de las variaciones de intensidad de los rayos cósmicos al nivel del mar en el transcurso del tiempo era considerado de importancia fundamental en el campo de la investigación de la radiación cósmica. Los intentos realizados hasta entonces en Austria, Alemania y los Estados Unidos no habían podido determinar claramente las causas de estas complejas variaciones, y, en tales circunstancias el Departamento de Física de la Universidad de Manchester, interesado particularmente en la cuestión, invitó a Duperier a emprender un nuevo estudio. Dirigía el Departamento el profesor P.M.S. Blackett, la primera autoridad de Inglaterra en rayos cósmicos. El estudio propuesto por Duperier sobre una nueva técnica experimental más adecuada al género de investigación que se pretendía comenzó en junio de 1939, y fue continuada después en la Universidad de Londres. Por el método propuesto por Duperier, y con ayuda de nuevos procedimientos para el análisis de los resultados experimentales, fue precisando y descubriendo toda una serie de efectos atmosféricos que, además de permi-

tir la explicación satisfactoria de buena parte de las variaciones de intensidad, sirvieron para fijar el lugar de origen de la componente mesónica y confirmar con ello ciertas predicciones teóricas sobre los procesos de interacción de los rayos cósmicos primarios con la materia. Asimismo, pudo Duperier precisar el grado de asociación de la intensidad con los fenómenos de actividad solar y descubrir una relación insospechada entre la amplitud de la oscilación diurna de la radiación y el tipo de actividad geomagnética que se conviene en referir a las denominadas regiones «M» del Sol, y que atribuyó a una helioemisión continua de rayos cósmicos. La mayor parte de los resultados experimentales fueron publicados en «Nature».

Quince años duró la etapa británica de Duperier. La repercusión científica de sus trabajos fue creciendo a la par que las distinciones e invitaciones a participar en congresos y reuniones, e, incluso, a dirigir nuevos centros de investigación, observatorios geofísicos, etc. Durante todos estos años no dejó de sentir la presencia de España y de sus avatares científicos. Testigo muy excepcional de ello fue el corresponsal de ABC en Inglaterra durante aquellos años. Durante los días pasados me contó el marqués de Luca de Tena los detalles de su relación con Duperier, aparecidos algunos de ellos en su libro «Franco sí... pero...». Cuenta Luca de Tena que el poeta Leopoldo Panero era en aquel tiempo adjunto a la dirección del Instituto de España, con quien, y con su mujer Feli, hizo gran amistad. «Y fue gracias a este matrimonio –señala Luca de Tena– que tuve conocimiento de la presencia en Londres, como exiliado, de un gran sabio español: Arturo Duperier, catedrático de Astrofísica, o de algo muy semejante en la Universidad Central, quien acababa de descubrir un sistema para medir el sutil bombardeo a que era sometida la Tierra por los rayos cósmicos. Por mediación de los Panero fui a visitarle a sus instalaciones de la Universidad, y quedé cautivado por su modestia, sabiduría, y hombría de bien. Deseaba escribir un artículo sobre él, con hartos escepticismo por cierto, porque tratándose de una crónica elogiosa para un exiliado lo más probable es que la censura de prensa me lo tachara. Mas encontré un resquicio para tentar fortuna. La esposa y la cuñada del sabio acababan de viajar a España, a la España proscrita, a la España de Franco...y habían regresado enternecidas y entusiasmadas. Las restricciones alimenticias en España, aún siendo muchas, eran menores que las del Londres de la posguerra. Nuestra conflagración civil estaba más alejada que la mundial de los ingleses; y en nuestra patria, aunque persistían las huellas del conflicto, se apreciaba una lenta pero evidente recuperación. El contar en mi artí-

culo las muchas cosas buenas que hablaban estas señoras podría tal vez ablandar el rigor de los censores».

«Imagínese –me dijo el sabio profesor– que mi mujer pretende que regrese a España. Tengo entendido –le dije– que quien no tiene manchadas las manos de sangre no tiene nada que temer. De otra parte usted nunca se ha metido en política. Yo creo que podría regresar con toda libertad».

«No –me respondió, muy afectado, Duperier–. Porque he sido destituido de mi cátedra. Y fuera de la universidad, no tendría de qué vivir».

«Pensé para mis adentros –se decía Luca de Tena– que el problema no era insoluble y, sin perder tiempo, pedí hora al embajador, quien se mostró, más que interesado, excitado, ante la posibilidad de recuperar para España a una eminencia de la talla de este hombre. Lo que yo pretendía era que el embajador consultase a Madrid si era dable concederle un visado para viajar a España aunque fuese provisionalmente, con billete de ida y vuelta, como quien dice. Y más tarde.....se le repusiese en su cátedra....».

«¿Por qué no escribes un artículo –me sugirió interrumpiéndome Domingo de las Bárcenas, el embajador– elogiando sus méritos, alabando su hombría de bien..... Ahora fuí yo quien le interrumpí. ¿Elogios a un exiliado, embajador? ¡Lo tacharía la censura! A lo que arguyó el embajador, tú escríbelo, y yo comunicaré a Madrid la conveniencia de que se publique. Y en cuanto a Duperier, dile que venga a verme, y le daré el visado».

Tras lo cual, continuaba el diálogo en los siguientes términos:

«Dudo que él quiera venir a esta casa, embajador. El es un exiliado de Franco y se sentiría humillado de mendigar nada en la embajada franquista....». «Tal vez tengas razón...lo mejor sería que nos viésemos en un lugar neutral. Tu casa por ejemplo. Invítale a comer, pero....por favor, sin decirle que me has invitado a mí también».

«Desde la propia embajada telefoneé a Duperier –continúa el relato de Luca de Tena– para que me recibiese de inmediato. Le aseguré con cierta audacia, pues no estaba cien por cien seguro de ello, que no habría trabas para que se le concediese pasaporte con su correspondiente visado. Y sin hacer caso a la petición del diplomático, le invité a una comida de hombres solos en mi casa advirtiéndole que también asistiría don Domingo de las Bárcenas. No pude menos de reirme al oírle decir a Duperier: Estoy de acuerdo en reunirme en su casa con el embajador de Es-

pañá. Pero al invitarle preferiría que no le dijera que también me ha convocado a mí...¡Qué difícil me lo ponen ustedes! ¿Le parece bien el jueves? De acuerdo».

Y así fue cómo, sin saber el embajador que Duperier sabía que él iba a asistir a mi comida, y sin saber Duperier que el embajador sabía que él también asistiría, pero sabiendo ambos que uno y otro se encontrarían en mi casa, aceptaron la invitación. Parece un trabalenguas, cuando no era más que un trabamientes producido por unos recelos mutuos carentes de justificación. Dos hombres cultos, civilizados, y delicadamente atentos a no herir cada uno las susceptibilidades del otro, estaban condenados a entenderse. ¡Qué hábil estuvo el embajador! ¡Qué despliegue de sagacidad y buen oficio diplomático el suyo! ¡Y qué dignidad la de Duperier!

Y de la manera siguiente quedó relatada la trabajosa comida: «De las Bárcenas sólo se interesó en conocer los estudios e investigaciones en que estaba atareado el profesor en las instalaciones que el *Imperial College* había puesto a su disposición, en el número de alumnos y técnicos que le ayudaban en sus pasmosos descubrimientos y en la importancia de los mismos. Se diría que el diplomático estudió astrofísica los últimos días sólo para mantenerse a una altura digna de su contertulio. A los postres el embajador se interesó por la familia del sabio, se mostró sinceramente apenado a causa de la separación impuesta por los avatares políticos a miembros de una misma sangre, contó algunas anécdotas emotivas y agudísimas al respecto, y al enterarse de que la madre de Duperier moraba en Madrid y que no se veían desde ocho años antes, parpadeó repetidas veces y se brindó a arreglar, sin que el profesor se lo pidiera, *lo que fuese necesario* para que pudiese ir a verla».

De aquellos mismos días, o semanas, fue también la crónica que apareció en ABC el 8 de abril de 1947 y que supuso una de las primeras apariciones de Duperier en los medios populares de comunicación. Así eran algunos fragmentos de la crónica: «En una estrecha galería del *Imperial College* de Londres, el profesor español Arturo Duperier ha instalado su laboratorio. Cables eléctricos, tubos de cristal, láminas de cobre-wolframio y pilas amontonadas en ordenado desorden por el suelo, forman el escenario de este laboratorio, donde el visitante profano ha de hacer equilibrios para no tropezar ni rozar los artefactos mágicos que ponen en relación al hombre con los invisibles átomos del aire, de que hablaba Bécquer ignorante de la fuerza cósmica que encerraban. Y entre ellos formando parte del escenario, Duperier, como un viejo león rey de aquella selva ultramoderna: alto, ligeramente encorvado por el ejercicio

ininterrumpido de la investigación, con una gran cabeza bombardeada de rayos cósmicos y erizada de larga pelambreira gris, ojos tristes, algo miopes y sorprendidos, pulcra y modestamente vestido, gestos blandos y cortesanes.....Sobre una de las mesas del laboratorio un sonido monótono tic-tac, toc-toc, como de un receptor morse, deja caer múltiples gotas de sonido. «Escuche usted –me dice el profesor–: esos son los rayos cósmicos bombardeando mi aparato». Este complicadísimo artefacto imaginado rueda a rueda, tornillo a tornillo, reacción a reacción por el sabio español y construido por sus propias manos es uno de los inventos fundamentales de y para la investigación cósmica, recoge el número de rayos cósmicos que caen sobre una superficie determinada.....Y concluía, ni que decir tiene que en Londres es nuestro compatriota Duperier la primera autoridad en esta materia».

Si, en efecto, Luca de Tena tomó parte activa en la conspiración londinense para el regreso a España de Duperier, también es cierto que en otra de sus crónicas periodísticas lo comentaba de esta manera: «Hace unos días, un grupo de norteamericanos de los que, según informé en una crónica anterior, viajan por España a la caza de sabios, ofrecieron al profesor Duperier la dirección de un Observatorio cósmico situado en el Perú. Duperier lo rechazó porque, cito textualmente, *le alejaría demasiado de España* y su mayor emoción sería traer sus aparatos a España y continuar allí sus investigaciones y formar un cuerpo de discípulos que continuaran después de él su obra de navegante por lo desconocido».

En julio de 1951, tras cuatro años de dificultades y esperanzas, angustias y deseos, regresa Duperier a España, a Mallorca particularmente, según él mismo declara, para seguir una cura de descanso por consejo de los médicos y de acuerdo con las autoridades científicas de Inglaterra de las que vengo viviendo hace doce años. Y en carta que desde las Playas de Paguera dirige a su gran amigo Alejandro Familiar dice: «En Londres me enteraré de la dirección en Estados Unidos de Luca de Tena y le escribiré anunciándole mi ida a Madrid como le prometí hace unos años». En la misma carta, reflejo intenso de su carácter intimista, sueña más que piensa en su regreso definitivo a Madrid y en su próxima visita en el siguiente mes de octubre. Su gran preocupación era que nadie pudiera poner en duda su honradez; y en la misma carta alude a ello en su deseo –dice– de hacer diáfana mi actuación tanto científica como privada en el destierro. Y continúa más adelante: «Me interesa hacer lo posible para que mi honradez en todos los campos quede patente, puesto

que es el único patrimonio que puedo legar a mi hija. Esto, en el mundo en que vivimos, sé que es bien poco, pero es lo único».

No sé si sería lo único, pero sí puedo asegurar que no es bien poco. Lo único que él pudiera, a su vez, haber recibido de la maestra y el boticario del pueblo castellano; pero, también seguro, que él multiplicó evangélicamente los talentos de honradez recibidos. Piedra cada vez más preciosa por más rara, mas seguro que es ella la que a muchos nos congrega en esta ocasión. Al menos, mi recuerdo, indirecto ciertamente, de Arturo Duperier, de su rectitud y sabiduría, de su dignidad y nobleza, me ha llegado también a través de mis charlas con otra alma excelsa, la de su amigo y mío Florencio Bustinza, desaparecido hace diez años. Catedrático de la Facultad de Biología, iba Bustinza frecuentemente en su pequeño Volkswagen, desde su residencia en la calle de Villanueva, a recoger a Duperier al barrio de la Concepción, y trasladarse juntos a la Ciudad Universitaria, para que no tuviera que cansarse demasiado por los andurriales de los transportes del Madrid de los 50, una vez que tuvo lugar su regreso definitivo a España en 1953. De Bustinza escuché, hace ya un cuarto de siglo, mis primeras noticias del regreso y la personalidad de Duperier.

Repuesto, con toda la carga histórica y política del prefijo, hubo algunas gentes que utilizaron el *re* para poner palos en la rueda; otras que intentaron aliviar la carga del regreso. Si un cortés soslayo nos ha hecho olvidar a las primeras, pecaríamos de injustos si no izásemos en este momento algunos nombres de las segundas, de los que promovieron el regreso y aliviaron su carga; tres nombres, entre ellos, muchas veces unidos en la historia de la época: Joaquín Ruiz Jiménez –felizmente presente ahora con nosotros–, Joaquín Pérez Villanueva y Pedro Laín Entralgo. Otros también, los que firmaron, el 27 de diciembre de 1957, la propuesta a su favor para cubrir una vacante en la Sección de Física y Química de la Real Academia de Ciencias; fueron los académicos don José Baltá, don Julio Palacios y don José Antonio de Artigas. En el oficio de remisión a la secretaría general se lee: «..... tienen el honor de proponer al Catedrático de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid D. Arturo Duperier Vallesa, prestigiosa personalidad científica de renombre mundial, cuyo curriculum vitae se adjunta». Y en la amplia noticia necrológica que recoge el Anuario académico del año siguiente se señala literalmente que no sólo conquistó la admiración como físico, sino la alcanzada por la bondad y la rectitud de su carácter. Hubiera sido Duperier el titular de la medalla número 22; la misma que durante treinta años colgara del pecho de su maestro don Blas Cabrera; la misma para

la que, hacía un par de años, había sido elegido su buen amigo don Miguel Catalán. Nadie puede modificar el curso de la historia, pero sí cada uno puede interpretarla de acuerdo con el tiempo y con su experiencia. Yo estoy seguro de que la Academia se siente honrada por los tres nombres, aunque de sus archivos estén ausentes los discursos de los dos discípulos. Y, aunque en la historia no haya pasados obligatorios, con su falta echamos de menos piezas valiosas de la tradición; pero también su falta nos da cuenta del tiempo en que ambos vivieron.

En un reciente discurso académico de un joven escritor hay un párrafo que me viene muy bien para concluir mi contestación imaginaria pero real a un discurso ideal de recepción académica de Duperier. «Olvido es ingratitud, conformidad fácilmente maquillada de irreverencia. Agradecimiento es memoria y diálogo, y, por lo tanto, también disputa y refutación. El valor de nuestra rebeldía depende en gran parte de la talla de los modelos contra los que la ejecutamos. Jacob estuvo peleando toda la noche contra el Angel en la oscuridad, y al amanecer no supo si lo había vencido o había sido derrotado por él».

Me gusta pensar –y termino– que Duperier, que pasó su noche peleando, creyo siempre, hasta este momento, haber sido derrotado por el Angel. Y, ahora, con nuestro recuerdo y nuestro afecto, quizá le de por pensar que había vencido. Esto es lo que todos nosotros, al menos, así pensamos y creemos.